

Manchas de café en un libro verde

Ana se detuvo unos cinco minutos en la salida de Ríos Rosas pensando en lo extraño que había sido su última visita a la oficina del psiquiatra. Una pesadilla mensual que poco a poco iba transformándose en sueño, gracias a una nueva claridad después de años de miedo y depresión. Le costó un poco explicarle al doctor que no necesitaría ninguna otra receta y que hacía ya un mes que no tomaba ningún Valium, ni siquiera tomaba Prozac. Finalmente estaba llegando a una amplia comprensión sobre su pasado, su tristeza tan pronunciada y su vida que hasta ahora nunca había logrado considerar honestamente. El psiquiatra también se quedó un rato en su sillón, preguntándose por qué su paciente, siendo tan feminista-socialista, luchadora por los derechos humanos, educada académicamente en lingüística, inglés y psiquiatría, se había abierto a su mayor enemigo, la espiritualidad. “¿No había siempre argumentado ella que la Iglesia Católica había sido una de las principales promotoras de la opresión de la mujer?”, se preguntaba. De pronto, se dio cuenta de que esta vez Ana no había mencionado al catolicismo. Era como si hubiese encontrado un secreto más profundo en la religión. Un secreto que la hacía más libre que el propio socialismo y más significativo que el feminismo que, hasta ahora, le había logrado dar un sentido de identidad y una razón para seguir adelante en lo que ella definía una mínima supervivencia.

Ana se miró en el espejito para retocarse los labios y el pelo pensando en lo diferente que estaba ahora su expresión. Su rostro denotaba siempre cansancio, pero ahora estaba tranquila. Buscó en su bolso el tabaco. Los Camels. Hábito del que no podía ceder. Y allí, con la cajita de nicotina, estaba el libro de Josefina Aldecoa, marcado por plumas de varios colores, en donde Ana a menudo se refugiaba en la búsqueda de sí misma, quizá porque se identificaba tanto con Gabriela cuyo padre le enseñó aquello que se convertiría en su mantra existencial: “Dios no existe como lo ven los que creen en Él. Si hay una forma de divinidad está en todo lo que nos rodea: el mar y el monte y el hombre son Dios...” (Aldecoa 29). “¡Qué raro!”, meditó Ana, “ni siquiera el panteísmo me había dado ningún tipo de confort”. Como Gabriela, ella también se encontraba muchas veces con el sentimiento de que “la trampa se cerraba sobre mí” (180) pero, de otra manera, se convencía a sí misma de que estaba “atrapada voluntariamente en mi papel de madre...” (115). Atrapada en su búsqueda incesante por algo real, algo que le diera respuestas a las últimas preguntas de la

vida, cosa que no podía expresar en compañía de sus amigas socialistas y, mucho menos, en ámbitos feministas, ya que hacía tiempo que su país había rechazado la religión, “cosa positiva para un país en progreso socio-político” decía siempre por su imposibilidad de distinguir entre el cristianismo y el catolicismo que había sido la única religión oficial de Franco -hombre que Ana odiaba por su concepto de la mujer como posesión del hombre y, al mismo tiempo, admiraba por su política noble de tratados extranjeros y su apoyo al obrero, lo que en la mente de Ana se convirtió en otra esquizofrenia intelectual al considerar la vida como una locura absoluta, sin rumbo ni verdades precisas.

Hacia tiempo que Ana empezó a notar contradicciones en el así dicho progreso socio-político de su país y el incremento epidémico de depresión especialmente entre las mujeres. Después de pasar cinco años con el Departamento de Farmacología de la Universidad de Alcalá de Madrid, Ana empezó a sospechar que había una amenaza misteriosa de naturaleza casi metafísica sobre su España, algo olvidado en la gran lucha por los derechos humanos, ya que no tenía manera de explicar cómo, a pesar de todos los logros políticos por y para la mujer, la liberación sexual evidente también en otra de sus autoras preferidas, Etxebarria, todas las nuevas leyes que protegían a la mujer, a su derecho al aborto, a la anticoncepción, al adulterio y, claro, al divorcio, ésta última que por fin la separó de su marido tan abusivo, no estaban libres las mujeres españolas. “¿Estoy libre de verdad?” se preguntaba a veces cuando por las noches se quedaba sola en la cama, escuchando el ladrido triste de un perro que llegaba desde la calle. Allí, en su cuartito, se cubría la cabeza con la sábana y miraba en el vacío de sus pensamientos más profundos, los

demonios de la conciencia que la empezaban a atormentar.

Ana sabía la verdad. Conocía bien los datos que indicaban este incremento de ansiedad, depresión y de suicidio entre sus hermanas españolas. En comparación con el 4.5% de hombres que sufren de depresión, la mujer llega a representar el 7.8 % de la población española que busca ayuda profesional para esa enfermedad (Martín-Águeda et al 212), había dicho Ana en voz alta y estoica en la última reunión con su jefa. Ésta la miró durante un tiempo como si fuera capaz de leer sus pensamientos, pero Ana, con un aire frío y profesional, los escondió. Sabía que esos datos no estaban sólo en la pantalla de la oficina sino que poco a poco comían su alma por la falta de respuestas y el caos que le invadía la mente cada hora del día.

Muchas veces Ana se transformaba en los personajes que leía en los cuentos y los libros para tratar de ver si, de alguna manera, se podía considerar normal pese a los sentimientos que tenía adentro. Detrás de la última receta médica tenía copiada una cita de Clara Sánchez de su cuento *Cari junto a una motocicleta roja*: “Una gaviota no se tortura. Vive y hace lo que tiene que hacer. Y por eso, por mucho que nos transformemos nunca llegamos a ser felices ni podemos dejar de pensar” (Sánchez 158). Esta frase le parecía una condena que debía aceptar, pero últimamente pensaba en desafiarse a sí misma y tratar de ver más allá de lo que hasta ahora consideraba sagrado e inmutable.

Hacia algunos meses que había empezado un rito extraño para todos los que la conocen. Al salir del trabajo, no se iba de inmediato a coger el metro, sino que se paraba unos minutos a tomar un café en el bar de la Calle Alonso Cano y después se marchaba directamente a la biblioteca para seguir sin fin la búsqueda de la verdad. Por primera vez en su vida, se atrevió

a cuestionar las políticas conservadoras y liberales, sus posturas feministas y, por fin, ambos lados (lo que se transformaría en numerosas perspectivas) del debate sobre la religión. No podía creer ni aceptar que lo único de valor que tenía su vida era su carrera, sus posturas feministas, sus hijos y sus amigos. “Hay algo más” se decía dentro de sí. “Hay algo más que no estamos considerando”. Ana no estaba en paz con lo que la rodeaba y se identificó mucho con lo que decía Pasqual Solé (2000) en describir la mujer que sufre “otro exilio interior que presenta un desarrollo en las siguientes noveles y que, de acuerdo con la definición del mismo Emilio E. de Torre-García ‘es la consecuencia de sentirse persona incomunicada con su espacio vital’ (Pasqual Solé 398). Como el mundo de la Gabriela de Aldecoa, Ana también se enumeraba entre los “prisioneros de la geografía y la miseria” (399) a pesar de toda la riqueza material de su vida. Pero siempre sabía que, “La [Iglesia Católica] es el obstáculo...” (400). Poco conocía del gran misterio que iba a descubrir, una verdad que iba a cambiar su vida de una manera tan profunda que nunca se reconocería a sí misma años después por la alegría que la invadiría.

En la baja luz y el silencio sobrio de la biblioteca, Ana empezó a leer sobre el cristianismo, los escritos de las madres de la iglesia, autores revisionistas de tendencias obviamente no católicas y, muchas veces, se sorprendía por el gran mosaico de hechos históricos que poco a poco iban clarificando una imagen de fe que ella nunca había visto con tal claridad. “Parece broma” dijo alarmada, “que la famosa imagen de la Madonna con el Hijo sea una imagen que la Iglesia Católica adoptó de la religión babilónica.” “Y mira aquí, como ni Cristo ni la iglesia original hablaron de curas, ¡tanto menos de celibato!” “¿Cómo? ¡La confesión era nada

más que una manera de la religión babilónica para controlar al pueblo! ¡Y eso lo integró la Iglesia Católica años después para hacer lo mismo!” “¡No es posible! Que al inicio de la iglesia hubiera un escándalo porque los apóstoles argumentaran también por la igualdad entre hombres y mujeres, entre razas y que no existía en Cristo ninguna distinción, ni entre esclavo y libre... Y compartieran todas las posesiones para ayudar a los pobres... ¡Qué socialistas! ¿Por qué nadie sabe de estas cosas?” Ana cerró los grandes volúmenes de Josefo y los de Crisóstomo. “¿Por qué nadie sabe que el cristianismo del primer siglo elegía a mujeres como apóstoles?” Se quedó un rato silenciosa, recordando todo lo que sus hermanas feministas le habían dicho sobre el «misógino» de la iglesia, el apóstol Pablo. “Pero claro que él odiaba a las mujeres. Quizás era *gay*... Sí, seguro que era *gay*” trató de racionalizar con una solución moderna e intelectual. Le gustaban estos pensamientos porque le hacían sentir un poco superior a los demás, aunque fuera por dos segundos (Williams 45).

Se levantó con los ojos cansados para tomar otro café en el bar de debajo de la biblioteca. “¡Hola!, Ana”. Le dijo la camarera, una mujer mayor. “¡Cuántos cafés te tomas al día! No vas a dormir nada esta noche”. Ana le sonrió, “¿Sabes Clara?, estoy descubriendo cosas tan radicales que no puedo pararme ahora. Quiero saber la verdad sobre muchas cosas y tratar de comprender si en nuestro rechazo a la iglesia, quizá hemos echado con todo lo malo, algo bueno que en nuestra ignorancia, nunca nos enseñaron”. “Es posible” contestó Clara, mientras le ponía un vaso de leche a otro cliente. “Yo descubrí muchísimo más en los últimos tres años que en todos mis años de estudiante en la universidad. Sabes, hace tres años yo todavía creía que la Iglesia Católica tenía

algo que ver con las enseñanzas de Cristo. Rechazaba a toda religión porque creía que no era nada más de un arma en las manos de hombres poderosos que querrían oprimir a la mujer”. “Y ahora, ¿qué opinas?” Le preguntó Ana con un poco de temor en la voz, como si estuviera al borde de una frontera existencial tan grande que se ahogaría en el caos. “¿No crees tú que el apóstol Pablo era el gran «misógino» de la iglesia?” Clara bajó una cajita de churros, la miró a los ojos toda seria y, en tres segundos, se puso a reír. “Yo esperaba que terminara la broma. ¿Dónde conseguiste estas ideas sobre Pablo? ¿Nunca has leído como sus posturas sobre la mujer eran tan liberales que él arriesgó su reputación judía por promover la igualdad?” Ana no dijo ni una palabra. Dejó su café medio bebido y al marcharse le dijo a Clara: “En otro momento seguimos esta conversación. Ahora tengo mucho que hacer”. Clara disparó, “¡Y no te olvides del poderoso liderazgo femenino de la iglesia del primer siglo!” Ana se encaminó hacia la biblioteca con una sensación extraña, una mezcla de esperanza, entusiasmo, miedo y preocupación.

Se puso en la misma mesa de antes y abrió la carta del apóstol Pablo a la iglesia de Corinto: “...el esposo no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino su esposa” (*Holy Bible: Reina Valera Contemporánea*, 1 Corintios 7:4). Esto formaba parte de un largo discurso sobre la sexualidad y la necesidad del hombre de darle placer a su amante y viceversa, de cómo el acto sexual debería ser algo tan lleno de placer que nadie buscara placer afuera de esta unión, ¡una unión de iguales! “Y mira aquí”, exclamó para sí, “cómo el apóstol dice que en el matrimonio ambos tienen que someterse el uno al otro, en una relación de respeto mutuo y, claro, de amor intenso”. En la biblioteca no había casi nadie y, por eso, en el

silencio se puso a viajar con las ideas de los libros. Ana empezó a leer cómo hacía dos mil años la mujer estaba oprimida, pero llegó un hombre, “Si se pudiera llamar hombre” decía Josefo en *Antigüedades* (18.3.3), que desafió el sistema que todavía prevalece en casi todas las religiones. “Mira cómo este Mesías rechazó cualquier discriminación y argumentó a favor de una bondad divina que diseñó la humanidad como hombre y mujer, iguales y distintos, pero nunca uno superior al otro” -pensó abriendo su cuaderno para anotar: “Durante mis 33 años, nadie me había explicado cómo muchas de las reglas establecidas por las madres y los padres de la iglesia siglos atrás eran temporáneos para asistir y no ofender a la sociedad tan cerrada del tiempo en la cual habría la más radical transición cultural que ha pasado en el mundo”. “Por eso”, agregó, “después de esta transición, el apóstol argumentó que las mujeres se encargarían de los mismos deberes que los hombres... ¡Increíble! ¡Qué avanzados estaban en sus ideologías!” Pero se quedó paralizada por un instante al leer las palabras de Don Williams, “¿Se le puede prohibir a ella que dio a luz al Mesías enseñar su evangelio?” (Williams 114). “Evangelio” susurró Ana, “definición del griego: buenas noticias”. “¿Y por qué? ¿Qué hay de tanto valor allá de la resultante reforma social?” El primer libro de Juan, el Apóstol, le dio una respuesta un poco nebulosa: “En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor” (*Holy Bible: Reina Valera Contemporánea*, 1 Juan 4:17-18). A Ana le parecía que, si la realidad última y trascendente fuera el amor (1 Juan 4:8) no hay nada en la existencia del ser humano que no sea abrazado y sostenido por una benevolencia infinita. “Quizás”, pensó Ana, “el concepto universal de lo divino, aceptable para todas las tradiciones, sea eso: la personificación del amor, fuente de

esperanza y utopía que siempre han sido delante de nosotros, casi al alcance de la mano”. Ana pausó un minuto. “Pero yo ya no creo ni en el amor ni el romance” –debió Ana con el texto, “y no busco ningún Príncipe Azul, o incluso un dios, que me rescate. Yo soy mi propia diosa.” Recordó a Rosa Montero y trató de alcanzar las ideas que ella expresó claramente en el cuento *Parece tan dulce* (1998): “Es como cuando dejas de creer en Dios en la adolescencia, cuando un día te das cuenta de que no hay cielo ni hay infierno y que esto es todo lo que hay” (Montero 201). “Esto es *todo* lo que hay”. Ana repitió las palabras varias veces. “Es *todo*”.

Durante unos veinte minutos, hubo un gran silencio. Sólo se oían los latidos de su corazón casi sincronizados con la lentitud del gran reloj en la pared. Rompió el silencio con una frase memorizada del cuento de Rubio: “Me quedaré aquí hasta septiembre, como mínimo, dedicada a pensar en mi vida por primera vez” (Rubio 155). “Sí. Estoy por fin pensando en mi vida, en lo que merece mi atención, porque si eso ‘es *todo* lo que hay’, ¿para qué sirve luchar tanto por derechos humanos, por qué sacrificarme tanto en lo que la política me dice es lo más importante de la vida? Ahora muchas mujeres tienen un mayor nivel educativo, pero eso ya no es nada nuevo en la historia” agregó Ana, “ya que la iglesia primitiva y Cristo querían que ambos hombres y mujeres se educaran, porque el Maestro siempre decía que la humanidad llegará a una ciencia por experiencia de la verdad y la verdad le pondrá en libertad”. Se quedó con los ojos fijos en el libro. No podía concentrarse más. “¡Necesito otro café!... ¡No!, ¡cinco!”

Ana le pidió otra dosis de energía mientras Clara limpiaba los platos. La camarera le sonrió como una bruja quien sabe el destino de alguien, pero que no quiere decírselo. “En-

tonces, ¿qué tal tu búsqueda?” Clara abrió la conversación mientras con la mano le hacía un gesto para que se sentara más cerca. “Me pregunto una cosita, Clara: Si en las sociedades con ambos extremos, el Marxismo y el Fascismo, por ejemplo, no se puede establecer ninguna base para los derechos humanos, es decir, si ni la izquierda ni la derecha logran satisfacer los deseos humanos, ¿por qué creemos todavía que nuestras luchas políticas pueden darle a la mujer española cualquier significado que no sea limitado a nada más que esta vida finita y sin sentido?” Clara cerró el agua y se giró para acercarse a Ana. Dejó todos los platos y la cafetera y se puso al lado de Ana. No dijo nada durante un tiempo y, después, empezó a llorar. No estaba triste. Estaba feliz por algo relacionado con lo que Ana acababa de decir.

La camarera levantó los ojos y con una voz tranquila y suave respondió: “Muchas veces te veo aquí que tomas café con unas pastillas amarillas y azules. Un día por error, cuando te fuiste un ratito al baño, dejaste las recetas en el banco. No pude evitar leer Prozac y Valium. Pensé, ‘¿cómo puede esta mujer tomar café con Valium?’ Ya te conocía por el artículo en *El País* de la manifestación feminista sobre la descriminalización del adulterio. Tu foto estaba en la primera página. Me sorprendió por un minuto que una mujer tan fuerte políticamente estuviese tan triste y ansiosa. Yo todavía lucho por los derechos de la mujer; aunque mi propósito ha cambiado bastante en los últimos tres años”. Ana la miraba atónita, “es que como tú, Ana, yo siempre creía que la religión no era nada más que una fantasía, una invención humana, el opuesto de todo lo que quería defender. Poco sabía que tenía razón. La religión no es nada más que una invención humana, pero no sabía que el Cristo «histórico» –si nos atrevemos a asumir esas categorías arbitrarias y so-

cialmente construidas— no tiene nada que ver con religión, ni con lo que hoy en día es representado por el Vaticano e incluso podríamos argumentar que las innumerables divergencias de versiones protestantes del cristianismo han divagado de un mensaje social original que, en su tiempo, fue revolucionario en su inclusión de todas las personas sin distinción de raza, religión, orientación sexual y, por supuesto, sexo. Yo era simplemente una mujer que quería saber las respuestas a las últimas preguntas de la vida: ‘¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?’ Llegó un momento en el que todas mis luchas políticas no tenían un significado suficiente para que me dedicara ciegamente a ellas sin tener una razón fundamental para seguir adelante. Ningún autor podía darme nada más que respuestas superficiales a cuestiones y avances que yo creía nuevos en la sociedad. Por todas mis acusaciones en contra de la iglesia, nunca me había atrevido a preguntar si había una base intelectual y moral para creer para creer en una realidad quintaesencial que une a toda la humanidad, respetando la diversidad inherente a la experiencia de ser humano”. “¡Claro!” se reivindicó Ana, “¡porque no hay!”. “Lo único que había conocido como tú, Ana, era la Iglesia Católica, con todas sus reglas, ceremonias, leyes, moralidad absurda... y, en mi ignorancia, yo identificaba a Cristo con toda esta mierda de religión.” Ana interrumpió, “Parece que estás contando mi vida”. “¡Claro que sí, Ana!, porque aunque las sociedades cambien y las historias personales varíen, hay un hilo común en todas las vidas. Coge por ejemplo los cuentos que siempre estás leyendo, los de Caso (2007), Puértolas (2001), Grandes (2004), Castro (2001), autoras impresionantes por su habilidad de describir con precisión a la mujer moderna y pasada, sus relaciones complicadas con sus madres, sus

padres, sus amantes. Verás cómo sí existe un hilo en todos estos relatos donde el narrador a veces no quiere admitir, aunque sea ficticio, la tristeza, la falta de significado absoluto, una búsqueda incesante por la identidad, el miedo a la muerte y el terror del no existir y, peor aún, la sospecha de que la verdad la hemos tenido delante de los ojos todo el tiempo, ignorada por una sociedad tan avanzada que para ser tan educada, es una tonta”. “¡Ja, ja!” Ana se soltó a reír, “lo dices con tanta convicción que pareces testigo de Jehová o mormón o, peor, ¡fascista!”. “No” respondió Clara, “no soy testigo, ni mormón, ni católica, ni bautista, y tú sabes que soy fiel a la rosa, aunque como dice una de los personajes de tus libros, a veces, hay espinas, pero te cuento un secreto: cualquier verdad que cae en las manos erradas siempre es mal interpretada”. “¡Ahora eres poeta por excelencia!”, sonrió Ana. “No, no. Escúchame.” Clara interrumpió la broma. “Ana, tú puedes llegar a tener lo máximo en esta vida: Fama, dinero, éxitos académicos... ¡Mira!, en lingüística y psiquiatría, ¡eres un genio!, pero si no conoces tú identidad, de dónde vienes y a dónde vas, al final de tu vida, ¿qué valor tendrán todos tus éxitos? Estamos en una especie de museo divino y somos las imbéciles que tratan de quitar los cuadros de la pared para llegar a ser coleccionistas de arte. Tú le preguntas a cualquier imbécil en el museo y todo te responden igual: ‘lo hacemos para ser respetados,’ ‘lo hacemos por la educación de los demás.’ Y siempre tienes que recordarles, ‘pero hija, tú entraste en el museo sin nada y saldrás de aquí sin nada’”. Ana se asustó al oír esta argumentación. “¡Clara, me pones nerviosa con todo este existencialismo!”. “Ana, querida Ana, todos somos existenciales, modernos, ilustrados... La mujer española es todos los pensamientos de todos los siglos y aquí estamos luchando por derechos huma-

nos sin saber ni que quiere decir ‘ser humano’. Si no conocemos a la Fuente de nuestra vida, ¿cómo vamos a conocernos a nosotras mismas? Y aquí, sí, aquí, en este punto en el debate de mi vida, encontré que entre todos los líderes religiosos, filosóficos, políticos, no había nadie que pudiera darme la respuesta a la cuestión de mi identidad, ni tampoco mi familia y mi afiliación al partido”.

Ana bajó la taza de café. “¿Cómo afrontas estas cosas sin terminar en la desesperación total?” Clara se puso cómoda en la silla y con los ojos llenos de alegría y con una voz temblorosa por el entusiasmo, cogió la mano de Ana y le dijo: “Ana, mi querida Ana, tú de veras estás para cruzar la frontera de la realidad y liberarte para siempre de todo el dolor que ahora no puedes comprender. Hace tres años, por primera vez, empecé a leer los evangelios sin prejuicios. Me costó hacerlo por toda la propaganda socialista y católica que no son fáciles de vencer. Pero venía aquí, al bar, dos horas antes de que abriera, me preparaba dos café y me ponía a leer y leer como una muerta de sed, a beber todo lo que leía y, después del trabajo, iba a la biblioteca para buscar respuestas. Por primera vez en mi vida empecé a comprender que la verdad nos está hablando todos los días por medio de la naturaleza, de la política, nuestra guerra civil, el hambre, el sufrimiento, el reír de los niños, la historia. Todo me llevaba a la Fuente única donde, por fin, empecé a descubrir lo que la Iglesia Católica y el socialismo nos negaron: El secreto de nuestra existencia. Parecía mentira al inicio. Parecía locura. Pero ahora no. Por fin, yo sé quién soy, conozco mi dignidad como mujer de una manera más profunda que antes, siendo feminista y, ahora, me declaro feminista porque tengo razones trascendentes que me inspiran a luchar por los derechos de la mujer española con un propósi-

to que va más allá de la política y, más allá, incluso de mí misma. El universo trasciende las barreras que nos creamos. Ese sentido de la justicia social parece estar arraigada en nuestra propia existencia, casi como si el aliento de lo divino fuera la nuestra. Hay una razón fundamental por la cual Cristo enseñó que en Él no hay ni mujer ni hombre, ni esclavo ni libre. Él habla de sí mismo en términos masculinos y femeninos y de “Dios” como una familia de pluralidad que ama a través de nosotros, sirve a la humanidad a través de nosotros, ríe y llora a través de nosotros. “Ella” sufre cuando sufrimos. Nuestro sufrimiento y nuestras acciones hacia la liberación se dejan sentir a nivel cósmico. El manifiesto feminista más poderoso de la historia ya estuvo escrito hace dos mil años. El problema fundamental no es la feminista española ni la Sección Femenina. No, no es que la mujer española se quede con sueños demasiados pequeños y se satisfaga con poco en comparación con las mujeres del primer siglo”. De repente Ana se acordó de sus hijos. “¡La cena! Tengo que preparar la cena. Pero no quiero dejar todo en el aire”. “Así es la vida real” le dijo Clara con una risa sutil: “una está pensando en las cosas más importantes y *voilà* ¡tiene que cambiar un pañal sucio! Ana se levantó y Clara le dijo, “Un momento. Quiero regalarte algo”. Clara le puso un libro verde en las manos y Ana le dio un beso despidiéndose, “¿Nos vemos mañana?” “¿Cómo no, hija!”.

Al salir del bar, Ana se dirigió hacia el metro con la cabeza llena de mil pensamientos. Se sentó en el vagón que la llevaría a la salida de Río Rosas. Abrió el libro verde con manchas de café en la primera página y oyó una voz que emanaba de todo su alrededor, confiada, femenina, e infinitamente atrevida. Una ola de energía feliz palpitaba a través de su cuerpo y descendió suavemente en las palmas de sus

manos. La voz se materializó en la página del libro y le susurró, “En el principio ya existía la Palabra” (*Holy Bible: Reina Valera Contemporánea*, Juan 1:1). Ana levantó la vista, dejó caer el libro y miró por la ventana, pensativa, hacia la desaparición de contrastes de brillantez y sombra. Se sentía como una fuerza transgresora del patriarcado, mujer en el camino de su emancipación para compatibilizar feminismo, religión y secularismo. Tenía adentro un mensaje tan nuevo y antiguo, sorprendente por su sencillez: en el principio ya existía “La”.

Bibliografía

- Aldecoa, Josefina Rodríguez. *Historia de una maestra*. Barcelona: Anagrama, 1990. Impreso.
- Caso, Ángeles. *Un largo silencio*. Barcelona: Planeta, 2007. Impreso.
- Castro, Luisa. *El Secreto De La Lejía*. Barcelona: Planeta, 2001. Impreso.
- Crisóstomo, Dion. *Discursos*. Obra completa. Madrid: Editorial Gredos. Impreso.
- Etxebarria, Lucía. *Amor, curiosidad, Prozac y dudas*. Barcelona: Plaza & Janés, 1998. Impreso.
- Freixas, Laura. Ed. y pról. *Madres e hijas*. Barcelona: Anagrama, 1996. Impreso.
- Grandes, Almudena. *Las Edades de Lulú*. Barcelona: Fábula Tusquets Editores, 2004. Impreso.
- Santa Biblia: Reina Valera Contemporánea*. Charlotte: Broadman & Holman, 2012. Impreso.
- Josephus, Flavius y Henry S. J. Thackeray. *Josephus. Josephus*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1926. Impreso.
- Martín-Águeda, Belén y Francisco López-Muñoz, Gabriel Rubio, Pilar García-García, Agustín Silva, Cecilio Álamo. “Current Situation of Depression Healthcare in Spain: Results of a Psychiatrists’ survey”. *European Journal of Psychiatry* 20. 4 (2006): 211-223. Impreso.
- Montero, Rosa. “Parece tan dulce.” *Vidas de Mujer: Relatos*. Ed. Mercedes Monmany. Madrid: Alianza Editorial, 1998. 201. Impreso.
- Pascual Solé, Yolanda. “Historia de una maestra, Mujeres de negro y La fuerza del destino, de Josefina Aldecoa: Una trayectoria vital: del exilio al no destierro”. *Exilios femeninos*. Ed. Pilar Cuder Domín-

guez. Huelva: Universidad de Huelva, 2000. 397-407. Impreso.

Puértolas, Soledad. *Con Mi Madre*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2001. Impreso.

Rubio, Fanny. “Una razón de amor”. *Vidas de mujer: relatos*. Ed. Mercedes, Monmany. Madrid:

Alianza Editorial, 1998. 155. Impreso.

Sánchez, Clara. “Cari junto a una motocicleta roja”. *Madres e hijas*. Ed. Laura Freixas. Barcelona: Anagrama, 1996: 139-158. Impreso.

Williams, Don. *The Apostle Paul & Women in the Church*. Glendale, Calif: Regal Books Division, G/L Publications, 1978. Impreso.

Paul Renigar The University of Arizona

Comentario

En este cuento dialéctico, Paul Renigar a través de símbolos, metáforas y una rica intertextualidad nos presenta a Ana, mujer altamente calificada, madre y activista en los ámbitos feministas y socialistas en su España moderna, quien está en medio de una jornada para descubrir quién y qué es. A través de un narrador omnisciente, el lector acompaña a Ana sólo una pequeña parte de su travesía, una muy intensa, y puede, desde su posición testimonial, observar el conflicto interior que la destaza y el instante crítico donde ella se encuentra: justo en el límite entre sus prejuicios y su libertad. Asimismo, la narrativa que fluye a una alta velocidad entre citas, diálogo y café sólo permite vislumbrar el desafío que Ana tiene que aceptar, ése de traspasar los límites autoimpuestos y la angustia de abrirse a la espiritualidad, una sin etiquetas, pero íntima, universal y divina o seguir buscando huellas ocultas. Ana busca indicios en las jornadas de sus predecesoras: Aldecoa, Caso, Pascual Solé Rubio, pero es Clara, la camarera del bar donde Ana toma su café, quien le ayuda a atravesar el umbral de lo conocido, de sus dudas, de su auto-imagen

pre-fabricada para recibir la verdad absoluta y dejarse caer en la libertad infinita. Tal como su nombre lo indica, Clara, símbolo de luz, es el reflejo de Ana, no por ser mujer o mayor, o porque va delante de ella en este viaje, sino porque es la conciencia de Ana y es quien le Clara quien finalmente alumbra la penumbra y disipa sus inquietudes al compartir, al coincidir en la misma búsqueda de los tres últimos años de vida, de los 33 de Ana. Clara desvanece el velo gris que la cubre al darle un libro verde con manchas de café que le hará conocer la espiritualidad lejos de toda religión, sinónimo de institucionales socio-políticas, sin resquicios de doctrinas dominantes o prejuicios grabados a punta de flecha y arco e «historias oficiales». Esta dialéctica existencialista invita a la reflexión del papel de la mujer, donde si bien los derechos de la mujer se leen elegantemente bajo la sombría tinta negra de la ley, la lucha de la mujer por ser libre aún continúa. Ana, metáfora de la mujer moderna, sigue luchando por despedazar las etiquetas y derribar los dogmas que la oprimen para encontrar el significado de su vida ante, dentro y fuera de sí misma y de las sociedades construidas en la reinante ideología patriarcalista para alcanzar la suprema libertad de ser una con la palabra/divinidad.

Claudia Cruz Armenta
The University of Arizona